

vez más fuerte, la marcha se hacía más difícil. La visibilidad era nula y se tenía que avanzar con grandes precauciones. Cuando faltaban escasamente dos kilómetros para llegar a la población, se presentaron los primeros síntomas de congelación en algunos soldados. La dura caminata parecía que no tenía fin, pero DEBÍA terminarse lo que la conciencia del deber y el compañerismo les había hecho HACER. Debía llevarse a aquellos hombres hasta el pueblo donde serían auxiliados.

Por el Oficial fué enviado a uno de los muchachos que se hallaba en mejores condiciones físicas, en busca de socorro. Toda la compañía acudió a su encuentro. El agotamiento de la patrulla, por el esfuerzo sobrehumano realizado, era extraordinario, pero ¿QUE IMPORTA SI LA GUARDIA DEL CAMPAMENTO HABÍA SIDO SALVADA?

Ahora hace un año. El día 30 de Mayo de 1947, en Llansá ante el Primer Batallón de este Regimiento, en

correcta formación y toda la población presente, por el Comandante Jefe del Batallón, fué impuesta a aquellos bravos héroes, la Cruz de Placa del Mérito Militar, con distintivo blanco, que por su gesta les fué concedida. El acto resultó de una emoción extraordinaria, pero mejor que el premio recibido, mejor que la admiración que los allí presentes sentíamos por la hazaña realizada, es la propia satisfacción que ellos tenían por saber QUE HICIERON LO QUE TENÍAN QUE HACER.

ACCESIT AL PRIMER PREMIO

HISTÓRICO

LO QUE TENEMOS QUE HACER Y LO QUE DEBEMOS HACER

Por el Zapador **E. GARCIA A.** Ag. Mando

El calor es sofocante, los rayos de sol caen de plano sobre la calle madrileña; es la hora de la siesta y el lugar está solitario. Tan solo un hombre joven, avanza por la calzada. Nada indica la tragedia que se avecina... De pronto... por la esquina aparece veloz un coche; el rechinar de los frenos... unos disparos secos y la figura que en aquel momento alcanzaba la acera se tambalea y cae.

El automóvil parte veloz y la calle vuelve a quedar desierta. Sobre el asfaltado pavimento queda un cuerpo en extraña posición. A su lado un charco de líquido pegajoso se ensancha rápidamente.

Esta es la situación de España en los trágicos días de 1936, la vida humana no tiene ninguna garantía de seguridad. Los hombres que tienen en sus manos las riendas de la nación dominados por influencias extranjeras, traicionan a la Patria y la quieren entregar atada de pies y manos como obsequio propicio, para ser devorado por el oso soviético.

En todas las ciudades de la Península, se desarrollan escenas de terror; los padres son separados de sus hijos y encerrados en mazmorras inmundas por el grandioso crimen de amar a la Patria. La religión es escarnecida y sus ministros perseguidos. Sobre el Sol de la Patria se ha interpuesto la sombra del Comunismo.

Y es en Africa donde un Caudillo glorioso alza la santa enseña de España, de la España eterna y rompe el hechizo que tenía encadenado el Ejército, salvaguardia de la Nación; con los turbios policastros, que en su ceguera partidista olvidan sus obligaciones para con España.

Madrid, 17 de Julio de 1936

Ir y venir de coches, agentes de los Sindicatos madrileños frecuentan el Ayuntamiento y la Casa del Pueblo se reciben y dan órdenes misteriosas.

Es que acaba de saberse el Alzamiento de Africa.

La Guardia Civil del Pardo recibe orden de reconcentrarse en Madrid y el Regimiento de Transmisiones le da quedar acuartelado.

En el Pardo siempre existió guarnición de Ingenieros y actualmente es el Regimiento de Transmisiones el que se aloja en el cuartel «Zarco del Valle» al mando del Coronel Don Juan Carrascosa; tenía éste por aquel entonces 56 años de edad.

En filas no pasan de 450 soldados (la mitad aproximadamente de los efectivos normales) por disfrutar el resto de licencia. La gran mayoría de los clases y soldados, y la totalidad de los jefes simpatizan o están afiliados a los partidos contrarrevolucionarios.

Desde que empezaron a saberse los proyectos del movimiento salvador, los jefes y oficiales de Transmisiones ofrecieron su concurso y aunque no tenían misión específica encomendada, estaban dispuestos a echarse a la calle, cuando lo hiciera la guarnición madrileña.

La oficialidad está recluida en una casa cercana al cuartel para poder permanecer constantemente reunidos sin suscitar sospechas. Por fin esta noche llega la orden de acuartelamiento oficial.

Afuera se forman grupos de paisanaje que vigilan los alrededores del cuartel. Dentro los soldados duermen vestidos, con el fusil en la cabecera de la cama.

En el patio del cuartel funciona una estación de radio, es domingo día 19 y un grupo de soldados se congrega a su alrededor, el operador sonriente les comunica las últimas noticias «Muchachos todo va bien. El movimiento triunfa en toda España». Los alborozados ¡Vivas! de los soldados atraen a ellos al comandante Maldonado, que con voz emocionada les da cuenta de la proclama, captada durante la noche, de Franco y de que ya ha empezado el desembarco de las tropas del territorio africano.

Entretanto los grupos de sospechosos en la calle aumentan y se hace necesaria una salida. El comandante Gazapo la efectúa y cachea cuidadosamente el Ayuntamiento y la Casa del Pueblo.

Pocas horas después el General Riquelme, telefona al cuartel.

¿Es usted el Coronel? Al aparato Riquelme, general de la Primera División. Me dicen que ha salido su tropa y que ha allanado la Casa del Pueblo. ¡Esto no puede ser! Los obreros son en estos momentos nuestros mejores auxiliares. Hay que tratarlos como amigos. ¿Me oye bien? La situación es demasiado crítica para que se agrave con imprudencias.

Irónicamente responde el Coronel:

Perdone usted mi General, pero no sabía que fuese el jefe de la División. ¡Ha habido tantos en tan pocas horas! Téngame a sus órdenes y sepa que me atenderé en todo momento al cumplimiento de mi deber.

A la madrugada del día 20 se habla telefónicamente con el Cuartel de la Montaña. — Todo va bien — les dicen —. Reina un entusiasmo delirante. Está con nosotros el general Fanjul. El momento se acerca. ¡Arriba España! Desde este momento ya no volverá a funcionar el teléfono.

A las exhortaciones que se les hacen desde el Ministerio de la Guerra siempre se contestan con evasivas.

— Estamos como estábamos. Acuartelados y preparados.

— ¿Pero que se proponen?

— ¡Cumplir nuestro deber!

Y esto es lo que se hace. — ¡Cumplir con su deber! — Cuando se recibe un radió del Coronel del Regimiento de Artillería acuartelado en Carabanchel comunicándoles que les bombardea la aviación, pero que resisten con entusiasmo, se les anuncia que están dispuestos a secundarle. Pero poco a poco, se desengañan. El Movimiento Nacional ha fracasado en Madrid; los jefes y oficiales que se habían pronunciado, han sido asesinados bárbaramente.

Sólo queda un camino a seguir y es el que se emprende. No se someterán al Gobierno. Sería una indignidad impropia de militares y de hombres de honor. Su deber, está con las tropas del general Franco y por tanto se ordena la evacuación del cuartel. A las cuatro y media de la mañana la larga fila de coches emprende la marcha por la carretera de Fuencarral.